

Video en las aceras. Cine colaborativo con jóvenes marginales*

*Antonio Zirión Pérez***

Resumen

En esta ponencia reflexionaré acerca de algunas experiencias de investigación antropológica, desarrolladas con medios audiovisuales, en torno a diferentes subculturas urbanas juveniles que coexisten en la capital mexicana. Consideraré concretamente cuatro proyectos de documental colaborativo realizados en los últimos 10 años: *Chido mi banda, chido mi barrio* (2001), *Voces de la Guerrero* (2004), *Microhistorias urbanas* (2010) y *Fuera de foco* (2012). A partir de los resultados de estas cuatro experiencias, abordaremos temas como la construcción social de la juventud, la marginalidad urbana, la antropología visual y el documental etnográfico, la importancia de los proyectos colaborativos, la transferencia y apropiación de medios audiovisuales, la autorrepresentación y la reflexividad.

Palabras clave: video etnográfico, juventud, marginalidad, autorrepresentación.

* El título de este escrito es una referencia y un homenaje al proyecto de video indígena brasileño *Video en las aldeas*, fundado hace más de 25 años por el activista y cineasta Vincent Carelli.

** Línea temática: “miradas y sujetos oblicuos”, área de investigación: antropología visual y antropología urbana, Departamento de Antropología, UAM-Iztapalapa [zirion@gmail.com].

Abstract

In this essay I will consider several cases of anthropological research through audiovisual media, with different youth subcultures that coexist in Mexico City. I will reflect upon four collaborative documentary projects made in the last 10 years: *Chido mi banda, chido mi barrio* (2001), *Voces de la Guerrero* (2004), *Microhistorias urbanas* (2010) and *Fuera de foco* (2012). Through the outcome of these experiences, I will focus on topics such as the social construction of youth, urban exclusion, visual anthropology and ethnographic documentary, the importance of participative and dialogic projects, as well as self-representation and reflexivity.

Keywords: ethnographic video, youth, social exclusion, self-representation.

Documental etnográfico colaborativo

Al hablar de cine etnográfico hoy en día se alude a una multitud de formatos y tipos de películas: del registro audiovisual con fines meramente académicos, pasando por la creación documental que emplea técnicas etnográficas, hasta las películas de ficción que abordan diferentes temas de interés para la antropología. Hay distintos criterios para establecer el carácter antropológico de un filme, unos más estrictos que otros. Algunos autores consideran el cine etnográfico como una actividad puramente científica, que sirve para la consulta e investigación especializada, para la formación profesional de los antropólogos o para la divulgación del conocimiento y la educación del público general. Otros no tienen mayor problema en llamar “antropológicas” a películas producidas sin pretensiones científicas, pero que resultan de gran valor e interés etnográfico, ya sean documentales o de ficción. Con respecto a este debate, me parece necesario evitar los extremismos; no debemos caer ni en la ausencia absoluta de criterios (todo filme es antropológico), ni recurrir a criterios demasiado rígidos, ni elaborar definiciones muy forzadas.

Desde mi punto de vista, la naturaleza antropológica de una película reside no sólo en el producto final sino, sobre todo, en el

proceso de aproximación a los sujetos; es decir, si hubo un contacto directo y genuino con ellos, si nació de un encuentro o diálogo entre distintas culturas y formas de vida. En este sentido es importante subrayar el sentido colaborativo de los proyectos antropológicos, no están hechos únicamente desde la perspectiva de los autores-investigadores-documentalistas, sino que también recogen y dialogan con las voces y las miradas de los otros; no se trata de estudiar a, sino de aprender de, de escuchar y crear junto con y cerca de los otros. También considero que una película no es antropológica por sí sola, sino que este calificativo depende en buena medida de la recepción, de la lectura o interpretación que se haga de un filme; es decir, que lo antropológico reside también en el ojo del espectador.

Estas ideas ponen de manifiesto la imposibilidad de elaborar una caracterización total y perfecta de lo que es el cine antropológico. No obstante, más allá de los intentos de definición, que nunca serán exactos ni satisfactorios para todos, en términos generales puede decirse que el cine antropológico es aquél que tiene un compromiso con la realidad, que propicia un diálogo intercultural, es aquél que captura y reproduce rasgos y características de gente perteneciente a una cultura o grupo social, y los ofrece a gente perteneciente a otras culturas o grupos sociales. Al igual que ocurre con la definición misma de antropología, en mi opinión, no es el objeto o el tema de una película lo que la dota de carácter antropológico, sino la forma de mirar, la actitud al aproximarse a la realidad cultural, que invita al planteamiento de la pregunta por la identidad y la alteridad.

Jóvenes marginales y subculturas urbanas

¿A quién me refiero cuando hablo de poblaciones marginales? Aparentemente, nuestra sociedad urbana necesita tener una suerte de basurero, una zona para depositar sus desechos, una región de olvido, que suele ser ignorada y marginada, aquella realidad a la que nunca se hace referencia a la hora de los grandes planes y discursos políticos nacionales. En esos bajos fondos se genera una subcultura urbana peculiar que se mantiene a contracorriente con respecto a la cultu-

ra central predominante en el resto de la ciudad y del país. Es una subcultura en un doble sentido: porque es una subdivisión de una cultura mayor y porque es vista como una cultura inferior.

Esta subcultura marginal se caracteriza porque el comportamiento de sus habitantes no sólo se aleja, sino que también se opone y transgrede las normas y los valores impuestos por la cultura hegemónica o central. La existencia de este tipo de subculturas puede considerarse como consecuencia de una política económica inadecuada, la injusticia social, la sobrepoblación y la ausencia de estrategias demográficas eficientes, la falta de una organización adecuada de la sociedad, la falta de vivienda y educación, el rompimiento de lazos familiares, etcétera. Es patente la persistencia de serios conflictos culturales entre las formas de vida que ahí se reproducen y los valores expresados por la cultura nacional dominante. Esto es evidente en ciertas pautas de conducta, como la violencia y la delincuencia, que se presentan cotidianamente en estos barrios, al poner de relieve un conflicto entre la cultura hegemónica y la subcultura marginal.

Dentro de este universo nos interesan en particular los jóvenes, que son doblemente marginados: por ser pobres y por ser jóvenes. El tema de la construcción social de la juventud urbana es muy complejo. Más que una simple cuestión de edad, son numerosos factores y condiciones sociales los que definen al joven urbano. En su libro *La construcción juvenil de la realidad*, la especialista Maritza Urteaga nos invita a preguntarnos: ¿qué se considera joven, a qué rangos de edad se refiere esta clasificación, qué actitudes y grado de maduración caracterizan a la juventud, cuáles son las condiciones laborales de estos jóvenes? (Urteaga, 2007). Una pregunta en particular subyace a lo largo de todos los proyectos que presentaremos a continuación: ¿qué nuevas configuraciones sociales y pautas culturales generan aquellos jóvenes marginales que habitan en colonias populares, en las calles de la ciudad o en la cárcel? La manera de buscar una respuesta ha sido en todos los casos a través de los medios audiovisuales.

Chido mi banda, chido mi barrio

El documental *Chido mi banda, chido mi barrio* es resultado de una inmersión etnográfica de varios años en la cultura y población callejera de uno de los barrios bajos más célebres del centro de la ciudad: el Cuadrante de la Soledad.

Acompañados de varios perros callejeros, los integrantes de la banda callejera que se reúne en la Plaza de la Soledad casi siempre están tirados en el piso sobre cartones y periódicos, o dentro de las pequeñas casas que construyen ingeniosamente con materiales de desecho. Tal vez la característica más visible de este grupo de gente es que constantemente está drogándose, inhalando solventes con un pequeño trozo de papel que mantienen en la mano cerrada, pegada todo el tiempo a la nariz y la boca. Pero este panorama no es más que la punta del *iceberg*; detrás del aspecto de esta población hay complicadas historias y profundos problemas muy significativos y reveladores respecto del estado de nuestra sociedad.

La primera intervención en el barrio de la Soledad con medios audiovisuales tuvo lugar a través de la fotografía fija. Después de varios meses de trabajo de campo —de negociar el acceso o para obtener familiaridad y confianza—, les tomé muchas fotografías a los jóvenes, sobre todo retratos; también les prestaba la cámara a ellos. Luego imprimía todas las fotos, se las enseñaba a cada uno de los implicados y documentaba sus impresiones frente a las imágenes. A partir de este trabajo nació el proyecto de una exposición de estas fotografías, presentadas junto con los testimonios a manera de pie de foto y montadas sobre las paredes de la iglesia del barrio. El principal y prácticamente el único público de esta exposición fue la misma banda de jóvenes callejeros de la Soledad.

Posteriormente, cuando un grupo de amigos y yo nos disponíamos a grabar un video documental en el barrio, descubrimos que los jóvenes de la calle tenían un gran interés por aprender a usar las cámaras; literalmente nos las arrebatában todo el tiempo, con lo cual de manera involuntaria empezó nuestra primera experiencia de transferencia de medios, o incluso —en este caso— se podría hablar de una toma de los medios. Al final del día, cuando revisábamos el

material grabado, era evidente que lo que ellos se decían era mucho más interesante que lo que nos decían a nosotros; su mirada era más fresca y directa. Esta experiencia tan accidental como seminal tuvo lugar en el contexto del Día de Muertos; de esta manera, a través de las cámaras, los jóvenes rindieron homenaje a sus amigos caídos en el año y plasmaron en imágenes su imaginario religioso y su visión de la muerte.

Este primer corto documental derivó en la formación del colectivo *Homovidens*, que participó en varios festivales, recibió buena crítica y obtuvo algún reconocimiento, lo cual nos llevó a querer aplicar nuevamente esta metodología en otro barrio, con el mismo espíritu pero esta vez de manera más profunda y sistemática.

Voces de la Guerrero

La colonia Guerrero es uno de los barrios más antiguos y tradicionales de la ciudad de México. Ubicada en el Centro Histórico, dentro de la delegación Cuauhtémoc, la Guerrero es una zona de alta concentración poblacional en la que muchos de sus habitantes carecen de oportunidades reales para su desarrollo integral. Es una zona de alta peligrosidad en la que se manifiestan diversos problemas sociales: delincuencia, drogadicción, alcoholismo, desintegración y abandono familiar, prostitución, ambulante, indigentes, niños y jóvenes en situación de calle, pandillerismo, violencia, etcétera. Pero al mismo tiempo, la colonia Guerrero conserva una identidad firmemente arraigada y mantiene una cultura popular con rasgos muy positivos, como la unidad y solidaridad barrial.

Este barrio destaca porque alberga una cantidad considerable de población callejera e indigentes. La población callejera de la colonia Guerrero es muy diversa, las edades varían mucho. Se puede observar a niños muy pequeños —de seis a siete años de edad—, que acaban de salir a vivir a las calles; también se encuentran muchos adultos y ancianos indigentes, pero son más los adolescentes y jóvenes que habitan las calles de la colonia Guerrero; sus edades oscilan entre 12 y 25 años. Esta población está conformada en su gran mayoría por

jóvenes de sexo masculino (70%) y en menor cantidad por mujeres (30%). Los jóvenes callejeros de la Guerrero llevan ya una larga vida en la calle; muchos salieron de sus casas entre los nueve y los 12 años de edad, algunos antes.

El tiempo que han vivido en la calle hace que su nivel de arraigo a ésta sea muy alto y que el deterioro psicofisiológico sea grave debido al alto consumo de sustancias tóxicas; la colonia Guerrero se caracteriza por ser una zona de alta distribución y consumo de drogas. Actualmente la droga más consumida –y la que más los daña– es el *crack*, a la que ellos llaman “piedra”, la cual fuman en un gotero de vidrio, usando un alambre muy fino a manera de filtro. Su costo no es alto, varía de 15 a 17 pesos “un punto”. A estos jóvenes callejeros no les resulta muy difícil conseguir el dinero necesario para comprarlo. Sólo tienen que acercarse a las entradas del metro Guerrero, estirar la mano, y en menos de 15 minutos ya han obtenido la limosna suficiente para su “piedra”, su “mona” o una “cañita”. El “taloneo” (pedir dinero a los transeúntes) es una de sus principales actividades económicas, combinada en algunos casos con algún *performance* de esquina –como el “faquireo”, limpia-parabrisas, malabarismo, traga-fuegos–, con el trabajo ocasional en los puestos ambulantes de la zona o con ciertas actividades delictivas. Lo anterior constituye el *modus vivendi* de la población callejera de la colonia Guerrero.

Tras un largo periodo de trabajo de campo, procedimos a capacitar a algunos jóvenes callejeros sobre el uso de medios audiovisuales para que aprendieran a representar ellos mismos su realidad y su experiencia cotidiana desde su propia mirada, hablar de sí mismos con sus propias palabras. Nuestro proyecto consistió básicamente en enseñar a una de estas bandas de jóvenes callejeros a utilizar las cámaras de foto y video para hacer con ellos una película colaborativa, es decir, establecer con ellos un diálogo creativo a través de los medios audiovisuales. El proyecto del taller representó una gran motivación y un gran entusiasmo para los jóvenes. La televisión y el cine están presentes en sus vidas y conforman buena parte de su imaginario. Consumen gustosamente los productos de la cultura audiovisual, y la tecnología es un gancho que atrae en gran medida su atención. Sin embargo, en la situación en que se encuentran es prácticamente

imposible que tengan acceso a estas formas de comunicación y expresión, de ahí que a través del taller de video buscamos poner los medios audiovisuales al alcance de sus manos, no sólo como meros consumidores pasivos sino también como realizadores activos.

Los resultados de este proceso de investigación e intervención social aparecen plasmados en el documental *Voces de la Guerrero*, que rebasó nuestras expectativas al tener amplia difusión en la televisión pública y en varios festivales de cine –tanto en México como en distintos países–, y al obtener reconocimientos, como el Premio José Roviroso al mejor documental del año, otorgado por la UNAM.

Microhistorias urbanas

El proyecto *Microhistorias urbanas* partió de un taller de documental multimedia creado e impartido por dos miembros del colectivo *Homovidens*. El taller fue dirigido a jóvenes de 13 a 17 años. Se les enseñó una metodología muy simple de investigación social y producción audiovisual, en diálogo con la investigación etnográfica, con el fin de documentar la memoria histórica, la tradición oral, la vida cotidiana y las microhistorias que se desarrollan en los barrios de la ciudad. Esta metodología está inspirada en el cine etnobiográfico de Jorge Prelorán. A lo largo de más de 40 años de carrera Prelorán filmó casi 60 películas, entre largos y cortometrajes, en varios países de América Latina. Creó este nuevo género de películas conocidas como “etnobiografías”, historias de vida de personajes a través de cuyas experiencias es posible conocer la cultura en la que están enraizados. Sus películas, narradas con la propia voz de sus protagonistas, revelan con extraordinaria sensibilidad la realidad más íntima y profunda de los pueblos indígenas, las comunidades campesinas y los grupos marginales de América Latina.

En este taller se realizaron tres cortometrajes que capturan historias cotidianas de personajes tan comunes como significativos, que habitan y animan nuestra ciudad. Se enseñaron las técnicas básicas de registro sonoro de testimonios y ambientes, de foto fija dirigida a la creación de retratos, así como de grabación en video y seguimiento

de personajes en su vida cotidiana. Se ensayaron diversos modos de articulación de estos diferentes materiales para integrar un producto final multimedia. La idea era promover la expresión de los jóvenes urbanos aprovechando las nuevas tecnologías audiovisuales y combinando la creatividad artística con el interés y el compromiso social hacia su entorno.

A manera de ejemplo, uno de estos tres cortometrajes, titulado *Repartiendo ideas*, de Pamela López Castro, retrata la forma de vida y el pensamiento de Ángel Ramírez García, un joven simpatizante del anarquismo, quien reparte por las calles del Centro Histórico un periódico alternativo e independiente. Es interesante observar mediante este trabajo la mirada de una joven urbana que vive en los multifamiliares de Tlatelolco, proyectada sobre otro joven que trabaja en la calle; si bien ambos pertenecen a diferentes grupos sociales, a través de cámaras y micrófonos se acercan, dialogan, intercambian experiencias. Por su parte, *Mascotas sobre ruedas* se enfoca en la labor de un veterinario especializado en fabricar sillas de ruedas para perros discapacitados, y *Ultravisión* sigue a un conjunto de músicos invidentes, que tocan y entretienen a la gente en las esquinas y estaciones del metro del centro de la ciudad.

Fuera de foco

Este proyecto de documental colaborativo surge a partir de un taller de fotografía y video, que fue impartido en la Comunidad de Tratamiento Especializado para Adolescentes de San Fernando, al sur de la ciudad de México, en 2011 y 2012. *Fuera de foco* es una reflexión observacional y testimonial sobre la reclusión, la cotidianidad y la cultura carcelaria, en el contexto de la reciente implantación de un modelo de tratamiento para los jóvenes que entran en conflicto con la ley penal. A través de este nuevo ejercicio de transferencia de medios se brinda un testimonio de este nuevo paradigma de atención social, que promueve la expresión artística y las actividades culturales con un enfoque comunitario y que pretende ser mucho más apegado a los derechos humanos de estos jóvenes internos.

Con un estilo observacional y participativo, este documental de corte etnográfico presenta las experiencias de varios jóvenes internos que participan en diversos talleres impartidos en la comunidad (lectura y escritura, teatro, foto y video, cineclub, cartonería, pintura, panadería, etcétera). Se les brinda voz para que relaten sus historias de vida y sus experiencias de encierro; además, se reflejan otros aspectos significativos de la cultura y la vida cotidiana de los jóvenes en el interior de esa comunidad. Desde la perspectiva de la antropología visual, se trascienden las imágenes superficiales del reportaje periodístico y las historias sensacionalistas que reproducen los medios de comunicación en torno al mundo carcelario de nuestro país. A lo largo de más de seis meses de inmersión se desarrolló una mirada que va más allá de los estereotipos y las apariencias y que provoca en el espectador un cuestionamiento de sus propios prejuicios acerca de esta compleja realidad.

Lejos de ser un registro frío o distante, se trata de una obra colaborativa, construida sobre la base de la interacción directa con los jóvenes y resultado de la experiencia subjetiva y la mirada personal de los autores. Como parte de este ensayo documental / experimento social, se conoce la perspectiva de diversos personajes y se escuchan las voces y el punto de vista de los adolescentes internos. Algunas cuestiones que salen a relucir son la construcción de la identidad, el drama psicológico que representa el encierro, las diferentes formas de convivencia, las interacciones en el interior de la comunidad, los vínculos y la comunicación que mantienen con el mundo exterior, la riqueza de la subcultura carcelaria, así como las asombrosas historias que han vivido estos jóvenes, tanto dentro como fuera de esta institución.

El título *Fuera de foco* tiene diversas lecturas. En primer lugar, alude a uno de los recursos audiovisuales que a veces se empleó para encubrir la identidad de estos jóvenes –como exige una ley internacional–, a fin de nunca mostrar sus rostros ni decir sus nombres. Pero sobre todo, *Fuera de foco* remite al hecho de que estos jóvenes que habitan y animan la comunidad de San Fernando están socialmente desubicados, marginados, excluidos, silenciados, se encuentran en un terreno liminal, en una especie de limbo. Con este documental

intentamos ver y entender con mayor claridad a estos jóvenes, que en virtud de su relativa (in)visibilidad permanecen comúnmente desenfocados.

Reflexividad y autorrepresentación

Combinando la investigación etnográfica y el documental colaborativo, todos estos proyectos han buscado abrir un canal de comunicación a través del cual los *jóvenes urbanos marginales* encuentren nuevas formas de creación y expresión, teniendo como interlocutor al resto de la sociedad y, a su vez, que la gente interesada pueda conocer el mundo y la experiencia de los jóvenes representada por ellos mismos, desde sus propios ojos, en sus propias palabras, con su propia voz. La idea ha sido encontrar medios alternativos para su tratamiento y reintegración. El arte, la cultura y la comunicación son sin duda estrategias efectivas para lograr una transformación de fondo, tanto a nivel individual como comunitario.

A través de los talleres de foto y video estos jóvenes marginales de nuestra ciudad de verdad se apropiaron de la imagen como un arma o una herramienta para registrar los acontecimientos que suceden a su alrededor e incluso, en ciertos casos, denunciar las injusticias de las que son víctimas. Pero sobre todo, se sintieron tomados en cuenta, importantes, se visualizaron a través del video, se observaron a sí mismos reflejados en el espejo de la imagen, dejaron de ser invisibles. La autorrepresentación resultó ser una buena forma de contrarrestar los efectos psicológicos de la exclusión social, un ejercicio terapéutico y en cierta forma regenerador del tejido comunitario. En este ejercicio pudieron recuperar en alguna medida su dignidad, cuestionar su situación, enfrentarse con su realidad, y así generar un proceso de reflexión y cambio. Además de fomentar una búsqueda de su propia identidad y fortalecer así su capacidad de enfrentar situaciones difíciles y aprender de ellas.

Quisiera referirme a la experiencia personal de quienes trabajamos en estos proyectos. Cuando nos propusimos el reto de involucrarnos con estos grupos de jóvenes urbanos marginales y experimentar con

ellos la transferencia y apropiación de medios audiovisuales, nunca calculamos con precisión ni podríamos haber imaginado siquiera la cercanía y la profundidad del vínculo que se desarrollaría con algunos de ellos. Si algo distingue a estos proyectos de otras acciones y programas destinados a ayudar a los jóvenes *outsiders*, es nuestra forma poco ortodoxa de aproximarnos. Más que observadores externos o investigadores objetivos y desapegados, más que meramente documentalistas, activistas o trabajadores sociales, nos hicimos amigos de estos jóvenes. Desviándonos con respecto de las metodologías clásicas de investigación social, decidimos cruzar la línea y establecer con ellos relaciones afectivas, emotivas, humanas, íntimas, personales. Nos propusimos desde el principio interactuar con ellos y ganarnos su confianza intentando superar las insoslayables diferencias. Sin dejar de ser en cierta forma “extranjeros” para ellos, conseguimos poco a poco ser aceptados y bienvenidos en estos grupos juveniles. Creemos que solamente así, desde dentro, es posible conocer mejor su realidad cotidiana, entender su sorprendente forma de vida y acceder a su verdadera experiencia del mundo. Asumimos una postura y una actitud hacia ellos, basados en los siguientes principios: siempre mirarlos de frente y de cerca, aceptarlos tal como son, tratarlos de igual a igual, antes que nada escucharlos, buscando siempre establecer un verdadero diálogo.

Pero esto acarrea inevitablemente serios dilemas y problemas éticos. ¿Dónde marcar el límite entre esta labor y nuestra vida personal?, ¿cómo marcarlo y por qué es necesario? Cuando uno entra en contacto directo con los más marginados y excluidos, y conoce de cerca sus condiciones de vida, inevitablemente se desata un remolino de sentimientos y reflexiones, pero ¿hasta dónde dejar que nos afecte esta experiencia, cómo enfrentar el sufrimiento de los demás, cómo reaccionar ante su dolor? ¿Dónde termina el compromiso, la solidaridad, la empatía, la responsabilidad y comienza la culpa, la angustia y hasta la codependencia? También nos preguntábamos, ¿qué derecho nos permite entrometernos en sus vidas y querer intervenir en ellas para cambiarlas, aunque sea con las mejores intenciones? Asimismo, ¿cómo finalizar el vínculo de que sientan que algo se traiciona? Definitivamente, la dimensión ética de nuestro trabajo como etnógrafos o

documentalistas es un asunto muy complejo y delicado. Pero tal vez la mayor inquietud siempre es: ¿realmente le sirve de algo a los propios jóvenes?, ¿de qué nos sirve a nosotros y a la sociedad en general? ¿Vale la pena seguir luchando por causas perdidas?

Tras diez años de trabajo en este sentido, tengo la convicción de que estas experiencias han sido positivas y valiosas. Ciertamente, no generamos un cambio evidente ni suficiente en la realidad social, ni logramos combatir sustancialmente la miseria y la exclusión social en la ciudad de México. Es probable que los jóvenes olviden lo que aprendieron, que nunca salgan de las calles o de las cárceles, que nunca dejen de drogarse o de delinquir, que en su vida no haya una mejoría profunda, de raíz. Muchas veces sentimos frustración o desilusión ante este panorama. Pero también hubo muchos momentos muy satisfactorios que nos indicaban que íbamos por buen camino. Con seguridad, conseguimos volverlos un poco más alegres, darles esperanza, mostrarles que otro mundo mejor es posible. Creemos que con esta estrategia de trabajo hormiga logramos dejar una semilla de cambio positivo en la vida de algunos de ellos. Pero sobre todo, el mayor logro de estos talleres fue el de crear y difundir una imagen más realista y desmitificada de la realidad de estos jóvenes para sensibilizar a la sociedad con el fin de modificar su trato y opinión sobre el niño callejero. A final de cuentas, sentimos que predominan los efectos positivos sobre las perspectivas pesimistas.

Consideraciones finales: mirada y exclusión social

Para terminar, retomando las ideas de Gerard Althabe (1996), quisiera enfocar el problema de la exclusión social desde una perspectiva antropológica, entendiéndolo como una construcción negativa o patológica de los otros. Se trata de una multiculturalidad conflictiva, de una serie de encuentros y desencuentros interculturales en las interacciones cotidianas. Se excluye de la convivencia social ordinaria a los sujetos considerados alógenos. Lo que está en juego es una estigmatización del otro, se le carga con una cantidad de prejuicios, se le asignan etiquetas y se les coloca dentro de categorías rígidas. Se

erige una frontera simbólica, casi infranqueable, entre nosotros y los otros. Se les coloca en una posición de alejamiento, de peligro y de separación en otro mundo diferente al nuestro, con sus costumbres, sus ritos, sus lenguajes y su propia cultura.

Esto sucede claramente ante los habitantes empobrecidos de las periferias urbanas, que representan grietas, intersticios, escisiones en el tejido social. Lo que define a la pobreza no es sólo la precariedad material, ni la carencia de estabilidad y seguridad social, ni la falta de los servicios urbanos básicos, sino la exclusión social, la violencia que implica el ser dejado de lado por el resto de la sociedad. Además, es importante destacar que en el seno de las sociedades urbanas contemporáneas, como en las grandes ciudades latinoamericanas, estas minorías ya no lo son más. Cuantitativamente, esta población forma el sector mayoritario de la sociedad, pero cualitativamente hablando, son segregados como ciudadanos de segundo orden, obligados a recurrir a programas asistenciales y a otras formas de supervivencia.

En el análisis de la exclusión social casi siempre se estudia a los sujetos víctimas de la exclusión, pero en realidad, dice Althabe, primero habría que partir de la población que se ve a sí misma como autóctona, original, legítima. Ahí es donde se encuentra el origen de la problemática. Esto quiere decir que en el estudio de las minorías –grupos subalternos, subculturas y población marginal– principalmente habría que estudiarnos a nosotros mismos como sociedad, tratar de entender cómo concebimos a estos grupos y cómo actuamos frente a ellos. Es necesario reconocer que el origen de la problemática radica en la cultura dominante y es inherente a la sociedad, lo cual requiere de un serio ejercicio de reflexividad colectiva.

Bibliografía

- Adler de Lomnitz, Larissa (1998), *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.
- Altamirano, Ignacio Manuel (1987), “Los miserables de México: una visita a la Candelaria de los Patos”, en *Obras completas VII*, Crónicas Tomo I, SEP, México.

- Althabe, Gerard (1996), *Construcción del extranjero en la Francia urbana, Alteridades*, núm. 11, UAM, México.
- Araujo, Germán (ed.) (2000), *México y su miseria*, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana y Centro de Investigaciones Sociales Interdisciplinarias, México.
- Avilés, Karina y Françoise Escarpit (2001), *Los niños de las coladeras*, La Jornada Ediciones, México.
- Azaola, Elena (2000), *Infancia robada. Niños y niñas víctimas de explotación sexual en México*, DIF / UNICEF / CIESAS, México.
- Bodley, John H. (1985), *Anthropology and Contemporary Human Problems*, Mayfield Publishing Company, Palo Alto, California.
- Brake, Michael (1995), *Comparative Youth Culture. The sociology of youth culture and youth subcultures*, Routledge, Londres / Nueva York.
- Castillo Berthier, Héctor (2008), *Juventud, cultura y política social*, INJUVE / UNAM, México.
- Collier, John (1987), "Visual anthropology's contribution to the field of anthropology", en Jay Ruby (ed.), *Visual Anthropology*, vol. 1, núm. 1, Harwood Academic Publishers GmbH, F.
- Costa, Pere-Oriol, José Manuel Pérez Tornero y Fabio Tropea (1997), *Tribus urbanas*, Paidós, Buenos Aires.
- Cueli, José (1980), *Dinámica del marginado. Teoría psicosocial del marginado*, Editorial Alhambra Mexicana, México.
- Eckstein, Susan (1999), *El Estado y la pobreza urbana en México*, Siglo XXI, México.
- García Durán, Alejandro (1979), *La porción olvidada de la niñez mexicana*, Ed. Diana, México.
- Gelder, Ken, y Sarah Thornton (1997), *The Subcultures Reader*, Routledge, Londres-Nueva York.
- González Rodríguez, Sergio (1988), *Los bajos fondos*, Ediciones Cal y Arena, México.
- Griesbach, Sauri (1997), *Con la calle en las venas*, Ednica, IAP, México.
- Hebdige, Dick (1979), *Subculture. The Meaning of Style*, Routledge, Londres / Nueva York.
- Hernández Espejo, Octavio (1998), "La fotografía como técnica de registro etnográfico", en *Antropología e imagen*, revista *Cuicuilco*, nueva época, vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, México, pp. 31-51.

- Lewis, Oscar (1999), *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Lezama, José Luis (1998), *Teoría social, espacio y ciudad*, El Colegio de México, México.
- Lynch, Kevin (1984), *La imagen de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili, México.
- Marroquí, José María (1969), *La ciudad de México*, tipografía y litografía La Europea (tres tomos), México.
- Medina, Andrés (1998), “Etnografía y fotografía. Experiencias con la cámara en el trabajo de campo”, en *Antropología e imagen*, revista *Cuicuilco*, nueva época, vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, México, pp. 205-229.
- Mier Garza, Raymundo (1998), “La fotografía antropológica: ubicuidad e imposibilidad de la mirada”, en *Antropología e Imagen*, revista *Cuicuilco*, nueva época, vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, México, pp. 53-75.
- Quirarte, Vicente (2001), *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*, Ediciones Cal y Arena, México.
- Reguillo Cruz, Rossana (1995), *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, Guadalajara, México.
- Revueltas, José (1971), *El Cuadrante de la Soledad*, Editorial Novaro, México.
- Rodríguez Hernández, Gina (1996), *Niños trabajadores mexicanos (1865-1925)*, UNICEF / INAH, México.
- Román Haza, María Trinidad (1998), *Encuentro latinoamericano sobre la biblioteca, la lectura y el niño callejero*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Urteaga Castro Pozo, Maritza (2007), *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, tesis para optar al título de doctora en ciencias antropológicas, UAM-Iztapalapa, México.
- Vich, Víctor (2001), *El discurso de la calle*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú.
- Ward, Peter M. (1990), *México: una Megaciudad*, Alianza Editorial / Conaculta, colección Los Noventa, México.

Recibido: 1º de octubre de 2012
Aprobado: 5 de diciembre de 2012